

AJUSTES DE MADRUGADA

El gringo George y su mujer intercambiaban palabras en el espacio verde comprendido entre su casa y la vereda. Habían dejado la puerta abierta a fin de ventilar el inmueble aquella calurosa madrugada de verano. Las calles del barrio estaban desiertas; sólo aquellas dos almas daban vida al solitario paisaje pueblerino.

De repente apareció un desconocido corriendo desesperadamente. Su rostro palidecía y sus ojos desorbitados presagiaban una desgracia. Se detuvo ante la pareja y -sin pérdida de tiempo- manifestó temblando y con voz lastimera:

-¡Me persiguen! ¡Me quieren matar! ¡Me quieren matar! ¡Llamen a la policía!
¡Escóndanme! ¿Puedo pasar? ¿Puedo?

-El gringo, que era quien tomaba las decisiones en casos especiales, le respondió sin pensar mucho:

-Pasá.

Y el hombrecillo siguió su huída en línea recta, atravesando con una velocidad inverosímil la cocina, un pasillo y un dormitorio de la vivienda hasta salir al patio trasero por una pequeña puerta que permanecía abierta en la última habitación.

George se alejó con su mujer hasta cerca de la calle, aislando al extraño por precaución. Temía que fuese un delincuente que pretendiese arrinconarlos dentro de su propia casa y allí, valiéndose de algún arma, obligarlos a hacer vaya a saber que... Sin mas el gringo llamó a la policía desde su teléfono celular y, mientras divisaba el horizonte a la espera de quien perseguía al desdichado, de vez en cuando volvía la cara hacia el fondo de su propiedad, donde, al amparo de un arbusto, permanecía inmóvil el sujeto, escondido como un animal que se entremezcla con la naturaleza buscando pasar desapercibido ante los depredadores.

Apoyando la espalda contra un árbol estaba la mujer del gringo, una mulata centroamericana de piel color chocolate. De ella sólo se divisaban sus dientes y lo blanco de sus ojos a causa del contraste de colores que se daba en aquel lugar pobremente iluminado por la luna.

Corría el tiempo y la escena permanecía intacta. Al rato, para alivio de los dueños de casa, llegó la policía con el aparatoso despliegue que los caracteriza. Al instante apareció *el perseguido* y se subió a un auto de la fuerza del lado del acompañante. Casi como en un desplazamiento inercial el oficial que manejaba abandonó el vehículo diciendo:

-Pero qué olor que tiene. ¡Guaj! ¡Qué olor!

-Es porque metí el pie en un pozo negro –acusó el hediondo protegido tratando de evitar que todos se dieran cuenta de que se había defecado encima por el horror que había sentido al creer que iba a perder su vida esa madrugada.

Cuando se había alojado en la casa no había tenido ese accidente sino que pasó mientras esperaba en el fondo. Algunos se rieron pero el oficial ordenó con rabia:

-¡Bájese de ahí! ¡Bájese!...

Pero el hombrecillo insistía en quedarse, demostrando aún el temor de que le pasase algo malo. Entonces la policía lo condujo hasta la cúpula abierta de una camioneta que habían llevado y se marcharon transportándolo ahí.

George y la mulata pasaron adentro muertos de risa por el incidente. Se preguntaban si aquel intento de homicidio (o de paliza fuerte) habría existido o si se habría tratado de un delirio del alcohol (o de alguna droga) de este personaje de la noche. Pues, al no haber aparecido ningún agresor es lógico dudar de las declaraciones del sujeto.

George tomaba un vaso de agua en la cocina, de cara a la pared, cuando oyó a su compañera pronunciar un grito agudo y después silencio. Sigiloso tomó un cuchillo que tenía a mano, pero ya era tarde. Ruidos de pasos a su espalda le hicieron erizar el cabello. Se dio vuelta. Allí estaba ella con tres intrusos que parecían escapados de una película de terror sarcástico. Uno de ellos sujetaba a la mulata inmovilizándole los brazos y -a su vez- tirándole el pelo brutalmente. Era un pelirrojo de piel pecosa, color blanco leche y tenía una cicatriz que le recorría el lado izquierdo de la cara de arriba abajo. A su izquierda había un obeso inmenso, barbudo y de pelo largo, que vestía algo andrajoso. El tercero se veía como una persona bastante normal, a no ser por el escobillón verde flúor que tenía en la cabeza y el revólver 38 con que apuntaba al gringo. Sobrepassado George dejó caer el cuchillo al suelo.

-¡Así me gusta! –dijo el facineroso del revólver y preguntó:- ¿Vos que sos de Fígaro?

-¿Quién es Fígaro? –indagó el gringo con cara de desentendido.

-¡No te hagás el idiota!, el personaje de una ópera...

-¡Ah!, Fígaro... ¿el hombre que se fue recién?

No hubo respuestas pero el colorado sentó a la mujer en una silla y le puso por debajo de los senos una cadena algo gruesa, que antes tenía de adorno en su jean, y comenzó a jalarla con ambas manos desde atrás. La infeliz comenzó a quejarse.

-No sé nada –se excusó apresuradamente el hombre de la casa-, ese tipo llegó pidiendo auxilio, se metió aquí un rato y después se lo llevó la policía...

¡Tras! Sonaron, como cuando se quiebran las tablas de un cajón de madera, las costillas de la morena, que irrumpió en llanto.

-¡Basta! -le dijo el pistolero a su compañero y le dio un empujoncito con el hombro a fin de que aflojara-. Y vos callate –le murmuró en la oreja a la mulata.

Los ojos del gringo se habían vuelto rojos por la tensión y sudaba la gota gorda.

-Sabés que... –comentó el barbudo al gringo, con voz tranquila- Figaro debe mucha plata. ¡Mucha! Y tiene que pagar hoy. Y como él no está “por tu culpa” vos vas a pagar. ¿Me entendés?

Afirmando con la cabeza y bajo la atenta vigilancia de sus captores, George amontonó todo el dinero que tenía guardado en la casa, más un reloj con detalles en oro y una valiosa pulserita de mujer.

-Trescientos cuarenta y dos mangos y estas porquerías. ¿Vos me estás cargando? –le gritó el punk del escobillón acercándole más el revólver.

-Es todo lo que tengo –balbuceo el gringo con cara de tonto.

En verdad era todo lo que tenía, pues sus ahorros estaban en el banco.

-Sé que hay más, ¡siempre a más! ¿Dónde está? –vociferó el maleante.

-¡No hay más dinero! –insistió en responder el pobre- Llévense los muebles, la TV...

-¿Qué te pensás... qué vinimos en un camión de mudanzas? –musitó con mofa el pillo y giró sobre George pegándole con el revólver en la cabeza cuando lo vio desprevenido, haciéndolo caer de rodillas.

Un chorro de sangre fluyó sobre el gringo, derramándose por el piso y su mujer volvió a gritar nuevamente.

-¡Callate perra! –dijo el malhechor y le puso el 38 en la garganta.

La mujer, aunque balbuceaba un poco, bajó en gran medida sus decibeles. Es admirable como un arma puede conseguir esto en situaciones críticas.

¡Mirame! –le ordenó ahora al gringo-, si no me decís adonde escondiste la plata la mato.

-Te juro que es todo lo que tengo.

-Mmmm. Mejor no, mejor la vamos a violar si no colaborás –recapacitó.

-¡Yo no! –se autoexcluyó el colorado haciendo una mueca de agradecimiento y tornándose serio después-. No me gustan las negras.

-Ja ja, ja ja ja... -se rió largamente el punk- se nota.

Acto seguido señaló al gringo con un movimiento del arma y agregó sonriendo:

-Entonces se lo harás a él.

El colorado sacó la lengua en forma despectiva y bajó la cabeza. En George surgió la vaga esperanza de que se pelearan entre ellos para así poder escapar del aprieto, pero se desvaneció cuando vio que la situación no pasó a mayores; eran solo bromas de rutina.

Las horas pasaban. Finalmente en la vivienda se apagaron todas las luces.

A los dos días vecinos encontraron el cuerpo de la mulata con un disparo en la garganta y con signos de haber sido violada; el gringo George estaba ahogado con la cabeza metida en el inodoro, compartiendo el lugar con excrementos; y en la tapa del retrete estaba escrito con sangre: “Fígaro: la vas a pagar”.

Ale Spain